



Itinerario para náufragos, 6

Alda Merini

La otra verdad

Diario de una diversa

Alda Merini

La otra verdad

Diario de una diversa

Traducido por Carlos Skliar

 mármara

Título original: *L'altra veritat. Diario di una diversa*

Primera edición: junio de 2019

© 1986 Alda Merini Estate. Publicado por acuerdo con The Italian Literary Agency, Milano

Este libro fue negociado a través de Ute Körner Literary Agent, Barcelona
www.uklitag.com

© 2019 de la traducción: Carlos Skliar

© 2019 de esta edición: Mármara Ediciones

www.marmaraediciones.es

Diseño: Carlos Úbeda

Ilustración de solapa: Rosa Navarro

Revisión de poesías: Ángela Segovia

Imagen de cubierta: Ilustración de Gustave Doré para la *Divina Comedia*

Impresión: Kadmos

Impreso en España — Printed in Spain

ISBN: 978-84-120080-1-2

Depósito legal: M-14848-2019

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

a G. Nuti

Remuevo
las antiguas murallas
para llegar
a las praderas del sueño
y conocerte,
pan limpio
que tomo con los labios.
Sentir tu lengua de bosque
y el ansia salina de tu aliento,
el corazón que se detiene
es el latido de las alas de un alma
que tal vez se va
para morir de amor.

Es inútil que grite
a veces estrecho una mano
que no conozco
y es el fantasma pardo
de la vieja memoria.
Yo nunca duermo sola.
Desciende de la estirpe del Señor
el hombre que amé un día
y que me quiere desposar.
No es un príncipe ni un despojado,
es solo la idea celeste
de una entidad desconocida
que he llamado
Dios.

NOTA A LA NUEVA EDICIÓN

Es con sumo placer que veo la reedición del *Diario*, aun cuando en mi opinión el paso de las ediciones se ha visto un tanto afectado por malas y falsas interpretaciones. Manganelli consideraba el *Diario* un clásico pero, sobre todo, veía en el manicomio «la locura como espacio de amor y de búsqueda». Si pensamos en la locura como fe, debemos decir que Manganelli ha dicho una verdad. El espacio del amor es un espacio de búsqueda. No existe persona injustamente ofendida o enferma que no pregunte a Dios el porqué del dolor y por lo tanto por la propia muerte. No existe un Dios verdadero en la pasión, pero sí a menudo un catálogo de imposturas y de culpas de las cuales se hace cargo el prisionero de la vida. El hombre es un prisionero de la vida, pero también un prisionero de la muerte, y no existe un espacio creado por los hombres que no pueda rendirse a la aceptación de que el dolor no solo es humano sino que es justo. Manganelli ha dudado largamente antes de meter mano al *Diario*: se

horrorizaba solo de pensar que su amor podría ser encerrado en un lugar de tortura, en un lugar maldito que creía santo porque yo no había desobedecido la voluntad de Dios. Esta es todavía la pregunta que me hago. Y sigo pensando que Manganelli —ateo y profanador, antes de morir se convirtió al cristianismo y escribió aquel maravilloso texto, publicado póstumamente, que es *El pesebre*—, delicado conocedor del alma como Dante, ha visitado el infierno de las pasiones, y después consiguió «volver a ver las estrellas» gracias a la presencia de un Virgilio escondido que podría ser la fe, o al menos la esperanza. El *Diario* no es solo una nomenclatura de torturas y violaciones. Recuerdo que en la *Historia de un alma*, Teresa Martin era considerada «menos que nada», y murió anónimamente. Manganelli habla de la incomprendible felicidad y del incomprendible dolor. Después de mi abandono Manganelli se ha dedicado a las letras y de la *Historia de un alma* yo he extraído el *Diario de una diversa*, lo que quiere decir que es cierto que un gran dolor puede hacer a un escritor grande. Pero también debo decir que solo Dios tiene el poder de desviar un alma; por lo demás, algunas almas cabalgan sobre borricos tambaleantes y creen que son pura sangre.

Felicidades a todos los borricos.

Alda Merini

DIARIO DE UNA DIVERSA

Cuando fui internada en el manicomio por primera vez era poco menos que una niña, tenía eso sí dos hijas y algunas esperanzas a cuestas, mi ánimo había permanecido inocente, limpio, siempre a la espera de que algo hermoso se configurase en mi horizonte; por lo demás, era poeta y el tiempo transcurría entre el cuidado de mis pequeñas hijas y las clases de apoyo a algún alumno. Muchos estudiantes venían de la escuela y alegraban mi casa con su presencia y sus gritos jubilosos. En definitiva, era una esposa y una madre feliz, aunque a veces mostraba signos de cansancio y mi mente se entumecía. Intenté hablar de todo aquello con mi marido, pero él no dio señales de comprensión y mi agotamiento se agravó. Mi madre, con la que yo contaba tanto, murió y las cosas fueron de mal en peor; tanto que un día desesperada por el inmenso trabajo y la repetida pobreza de entonces, quizá sumida por los humos del mal, me di a la fuga. A mi marido no se le ocurrió otra cosa que llamar a una ambulancia, seguramente sin saber que me llevarían al manicomio.

Por aquel entonces las leyes eran muy estrictas y en la práctica, en 1965, la mujer estaba sujeta al hombre, y el hombre podía tomar decisiones en relación a todo lo relativo a su futuro.

Fui ingresada sin mi consentimiento. Ignoraba la existencia de hospitales psiquiátricos pues nunca los había visto, pero cuando me encontré dentro creo que enloquecí en el mismo momento en que me di cuenta de haber entrado en un laberinto del cual tendría muchas dificultades para poder salir.

De pronto, como en una fábula, todos mis familiares desaparecieron.

Por la noche se cerraron las rejas de protección y se produjo un caos infernal. De mis vísceras partió un aullido lacerante, una invocación espasmódica dirigida a mis hijas y me puse a gritar y a patear con todas las fuerzas que tenía en mi interior. Como resultado fui atada y acribillada a inyecciones. Pero, ¿no era quizá la mía una rebelión humana? ¿No estaba pidiendo entrar al mundo que me pertenecía? ¿Por qué aquella rebelión fue interpretada como un acto de insubordinación?

Un poco por el efecto de las medicinas y otro por el grave *shock* que había sufrido, permanecí en estado catatónico durante tres días y solo sentía algunas débiles voces, el miedo había desaparecido y me sentía resignada a la muerte.

Después de algunos días mi marido vino a buscarme, pero no quise acompañarle. Había aprendido a reconocer en él a un enemigo y además estaba tan débil y confusa que en casa no hubiera podido hacer nada. Y aquella,

dijeron, fue mi segunda elección; elección que pagué con diez años de castigo.

El manicomio estaba saturado de olores fortísimos. Mucha gente orinaba y defecaba en el suelo. Por todas partes parecía el fin del mundo. Personas que se arrancaban los pelos, se laceraban sus ropas o cantaban canciones obscenas. Nosotras, Z. y yo, nos sentábamos solas en una litera con las manos dentro de las faldas, los ojos fijos y resignados y en el corazón un miedo demencial por parecernos a los demás.

Z. era una bonachona. La habían internado porque había sido madre muy joven y querían deshacerse de ella, pero no tenía nada de loca, era apacible e incluso a veces serena. Solo cuando pensaba en su pequeño se echaba a llorar y lo hacía en silencio, segura de que nadie la comprendería. Pero yo la entendía bien. Sabía de qué modo ser madre en un sitio como ese se transformaba en algo atroz. Por eso intentaba distraerla.

Un día me encontré a un sacerdote en el jardín. Estaba sola y le pedí que me explicara qué concepto tenía Dios sobre los pobres dementes.

—Bah —respondió él—. Qué quieres, hija mía. Los locos no son responsables.

—Bah —continué yo—, si Dios nos ha dado el libre albedrío para que escojamos entre el bien y el mal, ¿por qué nos lo quita con la locura?

El sacerdote permaneció confuso y se fue murmurando, pero ese concepto me roía por dentro, ¿por qué un loco no puede ser dueño de su voluntad?

Me calmaba pensar lo ignorante que yo era en este asunto.

Recientemente encontré en una librería el libro de Adalgisa Conti*, que fue internada en circunstancias parecidas a las mías, donde se lee un fragmento que quisiera transcribir y que me parece muy sugerente en relación a los delitos perpetrados en el manicomio.

Allí puede leerse:

La verdad es que la internación representa ya por sí misma una violencia enorme para la mujer que, al identificarse como persona en el rol de protección a la familia, sustraída de esto pierde todo punto de referencia y toda posibilidad de ser y de reconocerse como individuo. El papel de ama de casa-esposa-madre es el único lugar posible entendido como natural para la mujer, como la esencia misma del vivir femenino.

Es necesario para que la mujer pueda asumir este rol, entonces, la relación con aquel hombre que es cogiéndola la consiente de realizarlo.

Si no se revela capaz de responder a sus expectativas, la víctima no es ella, incluso culpada de inadaptación, pero sí el marido que ha reconocido socialmente el derecho de rechazarla o sustituirla. Esto condena a la mujer a la pérdida de todo su

* Se refiere al libro: *Gentilissimo Sig. Dottore, questa é la mia vita. Manicomio 1914 — Lola che dilati la camicia*. Es la historia de su autora, Adalgisa Conti, quien en 1913, a la edad de veintiséis años fue internada por su marido en el manicomio de Arezzo debido a un síndrome melancólico y delirio de persecución. El libro fue publicado gracias a Luciano Della Mea en 1978 quien reunió en él las cartas de Conti y otros testimonios.

espacio privado y de una vida colectiva, a violaciones constantes de esa privacidad y de aquel pudor, de los cuales como «loca» no tiene derecho alguno y que le son continuamente exigidos como elementos indispensables de su normalidad.

La vida del manicomio facilitará la degradación de su cuerpo, hecho instrumento de una existencia puramente vegetativa y de objeto ofrecido a la manipulación y a la explotación que la institución hará de ella, empuñándole en actividades serviles y degradantes.

Este fragmento del libro de Adalgisa me parece muy elocuente tanto más que yo misma una vez fui sorprendida masturbándome y severamente castigada, ya que las pacientes no debían ni podían tener relaciones sexuales.

Así, durante cinco largos años me adapté a aquel *ménage* completamente enloquecedor.

Nos despertaban repentinamente a las cinco de la mañana y nos formaban junto a unas literas en una habitación horrenda que era la antesala del cuarto de terapia electroconvulsiva: teníamos muy presente el castigo que se nos infringiría si, por casualidad, nos equivocábamos.

No nos daban nada para hacer durante todo el día, no nos daban comida ni cigarrillos fuera de la comida y la cena; estaba prohibido incluso hablar.

De todos modos, al tratarse de síntomas esquizofrénicos y paranoicos, muy poco había que decirse con las otras enfermas. Yo, inexplicablemente, me mantenía lúcida y atenta; tenía deseos de algo bueno, algo aún sensiblemente humano, sentía ganas de enamorarme, pero, ¿de quién?

Los pabellones se encontraban separados. Los hombres estaban por un lado, las mujeres por el otro, pero un día entró en nuestro pabellón Pierre, un loco con un gran ramo de rosas blancas para la enfermera, enviado por el jefe, y yo me enamoré de repente de aquel hombrecito esquivo y simple, que trabajaba de pintor, allí, dentro del manicomio. Comenzó así nuestro idilio decimonónico hecho de sonrisas detrás de las ventanas, de frases aproximativas, de pequeños, pequeñísimos encuentros pero sin ningún deseo de abrazo amoroso. Dice Freud que el hombre normal en su acto sexual se siente continuamente «espiado», como si se repitiese el incesto de su infancia: y nosotros habíamos retrocedido hasta el complejo edípico por el cual un apretón de manos era equivalente a una aberración mental. Sin embargo, yo a Pierre lo amaba y con el paso del tiempo el amor generó su fruto, el deseo sano de la posesión física.

Para nosotros, los enfermos, las noches eran particularmente dolorosas. Gritos, diatribas, extraños sobresaltos, maullidos, como si estuviéramos en una cumbre de brujas. Los fármacos que nos suministraban eran o muy débiles o estaban mal administrados, por lo que poquísimas de nosotras lográbamos dormir. Por otra parte, durante el día no hacíamos nada y, si en la noche surgía la tentación de permanecer un poco despiertas, enseguida éramos reprendidas severamente y enviadas a la cama con los «sujetadores». ¿Qué eran esos sujetadores? Ni más ni menos que unas cuerdas de cáñamo grueso, dentro de las cuales se nos hinchaban los pies y las manos para que no pudiésemos bajar de los camastros. Gritar sí que

podíamos, nadie lo impedía, hasta tal punto que a veces un enfermo de tanto gritar acababa por caer exhausto en su propio lecho. Recuerdo una paciente que permaneció rodeada de sus propias heces gritando desgarrada durante días y días hasta que fue desatada y puesta en libertad. La pobrecita, obviamente, no soportaba ese tipo de humillación.

Finalmente algo cambió dentro de aquel oneroso infierno que era el Paolo Pini, algo acabó, y se abrieron los pabellones y nos fue permitido el intercambio con los hombres, y los hombres estaban contentos y también las mujeres; porque así la vida nos parecía más entretenida y un poco más verosímil.

Comenzamos a pasear por los jardines hasta que un día descubrí que en el brazo de una adolescente había señales evidentes de cortes reiterados.

—¿Por qué intentas suicidarte? —le pregunté—. La pobre no sabía responderme, pero era evidente que le faltaba el amor y que allí, seguramente, no lo había encontrado.

En el manicomio encontré a Pierre, era un hombre bueno, un enfermo silencioso. Se enamoró de mí, y yo lo supe por sus miradas dulces y por las margaritas que me regalaba cada día. Un día me trajo *Romeo y Julieta*, y me señalaba la palabra Romeo, subrayándola con su dedo. Con Pierre fui muy cariñosa, comprendí todos sus problemas y cuidé de él. Pierre pintaba muy bien, aunque no tenía materiales y por eso pasábamos horas y horas dibujando sobre el polvo de la única mesa que había en la institución. Nos

mirábamos a los ojos; nunca dos seres humanos fueron tan hermanos y se quisieron tan bien como Pierre y yo.

Después de un tiempo comencé a aceptar ese ambiente tomándolo por bueno, no me daba cuenta de que me sumergía en aquel extraño fenómeno que los psiquiatras denominaban «hospitalización», por el cual rechazas el mundo exterior y creas únicamente un universo ajeno a ti y al resto del mundo; me había construido una idea muy dulce, aquella de sentirme una flor que crecía en una franja de terreno desierto. De esto no hablé nunca con nadie, hasta tal punto que me parecía un proceso psicológico totalmente natural, y no sabía ni me imaginaba cuánto habría costado trasladar este «pensamiento» a la sociedad. De hecho, para mí la sociedad estaba muerta. Desde el momento en que me había rechazado y diagnosticado por aquellos mandatos sociales no debía ni podía existir; el amor y la familia eran ideas que yo consideraba entonces superadas y triviales. Todo aquello era simple locura pero yo no me daba cuenta, ni, por otra parte, se me daba el espacio para que pudiese modificar mis ideas.

Aquel día que salí con Pierre, me sobrevino la primera separación de mi mente. Me encontré imprevistamente delante de un hombre, un hombre en toda su integridad, aún enfermo, y al mismo tiempo me encontraba ante el espacio de la antigua libertad. Ambos sentimos tan fuertemente este *shock* que no logramos hacer nada, y solo nos acostamos sobre la hierba acariciándonos tiernamente la mano y hablando de aquel niño que hipotéticamente hubiésemos podido tener.

En el manicomio, como he dicho, el sexo está prohibido como si fuera algo sucio, casi como si fuese portador de microbios patógenos y nosotros éramos por eso asexuados, lo que no significaba que nuestras miradas estuviesen menos cargadas de intensidad y de demandas sexuales.

PIERRE

Al día siguiente volví a caminar por el parque. Estaba feliz, pensaba con absoluta seguridad que aquel día iba a encontrar el amor. Pero el amor que yo imaginaba correspondía a algo inconsistente, algo que tal vez estaba solo en mi imaginación. En cambio, un hombre pequeño de rasgos muy delicados y de piel diáfana se me acercó y sonriendo me tendió su mano.

—¿Quién eres? —le pregunté.

—Soy Piero —respondió—, simplemente Piero y estoy enfermo como tú.

Le sonreí, entendí rápidamente que Pierre no pedía nada, que no hubiese deseado nada.

—¿Quieres que echemos una carrera?

—¡Oh, sí!, me siento todavía joven; sabes, aquí no tenemos problemas, podemos comer, beber y dormir, estamos solos con nosotros mismos...

—Entonces —dije yo—, ¿por qué me buscas?

—Por nada, porque me resultas simpática.

Y volví a pensar por un instante en un viejo amor infantil, un amor que tuve cuando tenía siete años, él se llamaba Roberto y era extremadamente tímido. Del

mismo modo que entonces, ahora el amor con Pierre podía ser algo limpio.

—¿Qué tienes para regalarme? —le pedí de inmediato de un modo violento.

—Oh, nada, pero si te gustan los cigarrillos puedo incluso endeudarme.

Sonrisas.

—¿Te endeudarías por mí?

—Oh, sí, por ti lo que sea, incluso un paquete de cigarrillos.

Entonces me subí a su cuello y lo abracé.

—Sí, Pierre, esta deuda la debes contraer, por mí, porque aquí dentro no tengo otra cosa, y después te regalaré un hermoso libro y lo leeremos juntos en los jardines.

—¿Sabes —dijo él— que en los jardines están los guardias?

—Bueno —respondí yo—, nos burlaremos de ellos.

—¿Harías el amor conmigo?

Pierre me miró sorprendido.

—Yo —dijo jugueteando con los bordes de su chaqueta de enfermo—, yo no he estado nunca con una mujer.

—Bueno —dije—, ahora me conoces a mí.

Y nos fuimos cantando hacia la tienda del hospital.

Desde aquel día Pierre y yo nos encontrábamos a menudo. Cada mañana se acercaba a la entrada de mi pabellón con un ramo de margaritas y me miraba como secuestrado. Yo, eludiendo la vigilancia de los enfermeros, me escabullía y corría hacia sus brazos.

—Pierre —le decía—, ¡qué felices somos tú y yo, y qué hermoso eres!

Él sonreía y se ruborizaba.

Es más, una vez me atreví a decir:

—Pensándolo bien, ¿por qué no pedimos un permiso? Así podremos pasear por Affori, mirar los escaparates y después hacer el amor.

Se dice que la mujer ha sido siempre un poco la espiral del mal, la primera en abrir los abismos del pecado, y yo no advertía que, cuando hablaba de amor, Pierre sudaba, era torpe, tímido, reservado.

Yo hablaba así, como si hubiera arrojado al aire una falda que me gustaba.

—Tienes unas piernas preciosas —me dijo una vez y eso me gustó.

Sin embargo Pierre y yo nunca nos encontramos fuera de los muros del manicomio y un día tristísimo vi a mi amor subido a una especie de carromato junto a otras «bestias» humanas. Lo enviaban a un hospital para enfermos crónicos. Permanecí allí mirando hacia el carromato boquiabierto.

Enseguida estallé en lágrimas. De verdad no sabía a quién contar en ese instante cuán fuerte era ese dolor mío de mujer.

Había advertido, durante mis paseos por el jardín, que algo así como el líder del grupo me miraba fijamente y seguía todas mis maniobras. Era un hombre alto, pelirrojo, con dos ojos que se asemejaban a dos cabezas de alfiler y una sonrisa ambigua y sardónica a la vez. Un día intentó hablarme.

—Eres guapa —me dijo—, diría que eres la más guapa de las pacientes de nuestra sección.

—A mí eso no me concierne en absoluto —le respondí groseramente.

—¿Por qué no vienes una tarde a tomar un café con nosotros? —continuó.

(Se trataba de una sección de hombres).

—Bueno —respondí yo—, nada me lo impide, pero quisiera venir acompañada.

—De cualquiera de tus compañeras, se entiende —prosiguió él.

Yo no lo entendía así y para castigar su maldad y su jactancia quedé con él al día siguiente sobre las cuatro. Después le advertí al jefe de enfermeros cómo habían ido las cosas. El jefe, que era un hombre de buena condición moral, me dijo:

—Tú ve, que yo estaré ahí contigo.

Así, al día siguiente me presenté en su sección. Llamé y me encontré frente a tres energúmenos que se relamían los labios pensando en la fiesta que harían conmigo. Escondido, S. apareció detrás de mí y arrojándose sobre los tres malandrines les dio una paliza tal que aún me estoy riendo.

—Y recordad —concluyó— que si no os expulso es porque sé que tenéis familia.

Esto da una idea acerca de la consideración con la que se trataba a las reclusas del manicomio.

En el centro del jardín había otro anexo del hospital: un laboratorio de conejillos de indias, donde se hacían permanentes investigaciones sobre el cerebro humano.

Yo entré pocas veces en ese sitio, las suficientes como para experimentar un horror increíble. Bestias lobotomizadas, castradas y, por todas partes, la sensación de una fuerza maligna artificial, reducida al máximo de su violencia. Algunas bestias, bajo el efecto de los venenos medicinales, habían perdido completamente su identidad. Los gatos parecían tigres feroces, los ratones estaban aquejados de síndromes extraños que les hacía dar vueltas sobre sí mismos sin ninguna compostura ni sentido de conservación.

El hombre que dirigía este mal negocio era en cierto modo igual a sus bestias, parecía un lobotomizado; grasiento y pegajoso, trataba de conseguir a cualquier enferma y llevarla hacia allí para «montarla», como él decía. A mí me causaba tanta repulsión que una vez llegué a escupirle en la cara. Esto no me lo perdonó nunca, y cada vez que pasaba por allí me miraba con un semblante aún más lúgubre.

El doctor G. era un freudiano convencido y concluyó que si yo estaba enferma, alguna cosa debía haber perturbado mi infancia. Yo estaba de acuerdo. En efecto, recordaba una infancia vivida de una manera angustiosa, llena de tribulaciones interiores, con un morboso apego a mi madre. Reconocer el complejo edípico fue fácil. Pero, mi locura hacia el sexo, mi temor al acto sexual, ¿qué significaba? ¿Y qué hubo antes del conocimiento de los genitales?

Mis resistencias eran notables. Por lo tanto el doctor G. consideró oportuno someterme a dos o tres electrochoques, porque durante ese tiempo yo estaba inmersa en un grave estado de turbación.

De hecho, después de la terapia electroconvulsiva mi mente se volvió más elástica y comencé a narrar con un tono más adecuado y coherente.

Hablé de todo: de mi infancia, de mi amor por los varones, de mi inconsciente y aún consciente envidia del pene y, finalmente, del fuerte complejo de castración.

Me decía el doctor G.: «¿No recuerdas haber sido violada o abusada por alguien?».

Había un agujero negro en mi memoria, pero no lo podía identificar bien ni en los tiempos, ni en las relaciones: aquel era entonces el lugar de la enfermedad.

Cansado de exasperarme con repetidas preguntas, el doctor G. recurrió a la terapia narco-analítica.

Bajo la narcosis mi comportamiento era sumamente negativo y gritaba como una poseída inmersa en los más grandes delirios. Veía siempre la misma imagen: un hombre negro que me atacaba, y delante de esa figura yo me volvía más agresiva.

Cuando el doctor G. me presionaba: «Vamos, trata de recordar», yo me incorporaba sobre la camilla y trataba de agarrarlo por el cuello. Llegados a este punto, el doctor G. suspendía el análisis.

Todavía hoy este conflicto no ha sido resuelto. En la adolescencia viví los primeros disturbios relativos a las relaciones sexuales, y más tarde rechacé la maternidad como si fuera algo sucio. O, quizá, porque lo había pensado como una conjunción con el padre. En resumen, tal vez no escribiré nada novedoso, quizá estos sean lugares comunes, pero estoy convencida, serenamente convencida, que si no hubiera sido por el psicoanálisis, yo en aquel lugar horrendo podría haber muerto.